Un gran libro de fotografías flamencas

MANUEL RIOS RUIZ

DURANTE un tiempo pasado fue la pintura el medio plástico que nos dejó memoria, testimonio, retrato fehaciente del arte flamenco, de su ambientación y perfiles ya definidos, a partir del dibujo firmado por L. Barrutia, en 1795, perteneciente a la colección de estampas del Museo Municipal de Madrid y que representa a una mujer repiqueteando las castañuelas y con el cuerpo iniciando un movimiento de baile, con una silla al lado donde descansan mantilla y guitarra. Y después de casi un siglo en los que grabados, óleos, acuarelas y dibujos han cumplido tan importante aportación a la historia del arte andaluz por excelencia, apareció la fotografía para tomar el relevo en tamaña labor y ofrecer con fidedignas imagenes los rumbos y los rostros del cante, el baile y la guitarra, en un crónica gráfica valiosísima y puntual.

Mas el arte flamenco, tanto por lo que tiene intrínseco de emotividad y de estética en el trace interpretativo, como por lo que su ambiente natural o su decoración teatral supone de atractivo plástico, ha despertado en los artistas fotógrafos un gran interés. Por eso desde unos años a esta parte estamos asistiendo a exposiciones de arte fotográfico totalmente dedicadas al flamenco. Y muy especialmente a reflejar la emotividad y la estética que decimos, mediante el reflejo gestual de cantaores, bailaores y tocaores.

No es cuestión de reseñar la nómina de fotógrafos que han encontrado en el flamenco el tema primordial de su trayectoria profesional y artística, pues ya son tantos que se nos puede quedar alguño en el ordenador. Lo que sí hay que apuntar al respecto, es que algunos de ellos, que pueden calificarse de extraordinarios, incluso editan sus obras antologizadas en libros. Y el último de estos volúmenes de fotografías flamencas lo tenemos ante los ojos. Se titula desafortunadamente «Las máscaras de lo jondo». Y decimos desafortunadamente, porque los rostros de las grandes artistas flamencas nunca pueden ser entendidos como máscaras, sino como las revelaciones anímicas y sensoriales de un sentimiento y un sentido musical que se plasma a flor de piel, o sea que son las verídicas caras del alma de un arte único que deviene de lo ancestral, que responde a una razón verdaderamente telúrica.

Pero al margen de ese desacertado título, el libro de fotografía que hoy queremos comentar es una maravilla. Posiblemente el mejor en su género de cuantos han aparecido hasta el momento. Su autora es Elke Stolzenberg, una fotógrafa alemana afincada en Madrid, que ha alternado su profesión con la bailarina y bailaora, como actriz también en distintos continentes. Es decir, una mujer con una vida transida de inquietudes y ávida de sensaciones bellas.

Y en una edición cuidadísima y patrocinada por el Consorcio Madrid Capital Europea de la Cultura, bajo el sello de Ediciones del Prado y con un texto informativo sobre el arte flamenco, brillante y ameno a la par, de Angel Alvarez Caballero, Elke Stolzenberg ha recogido lo más sobresaliente de su quehacer gustoso en torno al flamenco, a un arte que sin duda alguna siente y goza de manera entrañable, de ahí que lo haya exaltado con su cámara de manera excepcional.



Luisa «La Torrán» y Eduardo Méndez

Sí, las fotografías flamencas de Elke Stolzenberg merecen un Premio Nacional de Artes Plásticas si todavía la Cátedra de Flamencología de Jerez siguiera otorgando sus importantes galardones. Nos ponemos a mirarlas una y otra vez y difícilmente se pueden hacer separaciones en orden de calidad. Son todas magníficas, pero en la página ciento treinta y cinco, por ejemplo, encontramos una sumamente representativa de la enjundia flamenca de Jerez, en la que aparecen sublimados y enduendados por la bulería Luisa La Torrán y Eduardo Méndez. O las tres instantáneas que captan de una forma genial la pelea con el cante de El Capullo, en las hojas ciento sesenta y seis y ciento sesenta y siete. Y esa pata de baile de Periquín Niño Jero, en la ciento veinticuatro. Se merecen tres oles sin acento, sino con los adentros.

El arte bien tratado por el arte siempre ofrece hallazgos encomiables. Y si como aseguró Goethe, la propiedad de la expresión es el principio y fin de todo arte, en las fotografías flamencas de Elke Stolzenberg encontramos señal inequívocas de que así es. Solamente nos queda restar felicitarle y agradecerle su amor al sentir andaluz.

Diario de Jerez, julio 1992